

NOCHES EN FLORENCIA, 2

LA ALONDRA

Por el autor de *El infierno de Gabriel*

SYLVAIN REYNARD



Índice

Portada
Dedicatoria
La primavera
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Glosario de términos y nombres propios

Agradecimientos

Nota

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

A la ciudad de Florencia y a mis lectores, con gratitud

La primavera

Sandro Botticelli (c. 1482. Galería de los Uffizi, Florencia)



Prólogo

*Mayo de 2013
Florencia, Italia*

Una figura solitaria se alzaba en lo alto de la cúpula de Brunelleschi, bajo la sombra de la cruz y el globo dorado. Su ropa negra hacía que se fundiera con la oscuridad, lo que lo volvía invisible a la gente que caminaba a sus pies.

No obstante, si hubieran alzado los ojos, tampoco lo habrían visto.

Desde su mirador privilegiado, las personas parecían hormigas. Y para él no eran más que hormigas, una presencia molesta pero necesaria en su ciudad.

Florencia había sido suya durante casi setecientos años. Cuando no estaba de viaje siempre contemplaba la puesta de sol desde el mismo lugar, inspeccionando su reino con un orgullo digno del propio Lucifer. Todo cuanto veía era fruto de su esfuerzo; lo había logrado con sus propias manos, y ejercía su poder sin compasión.

Su considerable fuerza se magnificaba gracias a su intelecto y a su paciencia. Los siglos pasaban ante sus ojos, pero él permanecía inmutable. El tiempo era un lujo del que disponía en abundancia. Por eso nunca se apresuraba en su búsqueda de venganza. Habían pasado más de cien años desde que le habían robado una de sus posesiones más

preciadas. Había esperado a que volvieran a aparecer y por fin lo habían hecho. Esa noche había recuperado las ilustraciones que pertenecían a su colección personal. La sofisticada seguridad de los Uffizi había sido un trámite insignificante.

Por eso se alzaba triunfal recortado contra el cielo cubierto de nubes negras, como un príncipe Medici contemplando Florencia. El cálido aire de la noche bañaba la ciudad mientras él meditaba sobre el destino de las personas que habían adquirido las ilustraciones robadas. Ya había decidido matarlos dos años antes, pero un tedioso intento de asesinato había interrumpido sus planes. Y la guerra civil que se había declarado entre Florencia y Venecia lo había mantenido ocupado desde aquel momento. Había ganado la guerra y todos los territorios de Venecia se habían anexionado. Al fin había llegado la hora de vengar otras injusticias, de carácter personal.

Tenía tiempo de sobra para planificar los asesinatos de los ladrones. Por eso estaba disfrutando de su triunfo mientras una lluvia cálida y persistente empezaba a caer. Las hormigas se dispersaron a sus pies, buscando refugio. Pronto las calles se vaciaron de presencia humana.

Sujetó la caja que cargaba bajo el brazo con más fuerza. Necesitaba llevar sus ilustraciones a un lugar más seco. En un abrir y cerrar de ojos, se deslizó por las tejas rojas hasta llegar a una media cúpula situada en un nivel inferior. Desde allí, bajó al suelo de un salto y echó a correr por la plaza. Instantes después escaló hasta el tejado de la Arciconfraternita della Misericordia, un antiguo edificio adyacente a la catedral.

Hubo un tiempo en el que se habría unido gustoso a la Arciconfraternita y habría compartido su misión misericordiosa en vez de considerarlos un obstáculo. Pero llevaba

desde 1274 sin ser misericordioso. En su nueva forma, la idea ni siquiera le cruzó la mente.

Iba saltando de tejado en tejado a gran velocidad, esquivando las gotas de lluvia y acercándose cada vez más al puente Vecchio, cuando el olor de la sangre lo distrajo. Respiró hondo, abriendo mucho las ventanas de la nariz. La sangre provenía de más de una cosecha, pero una en concreto llamó su atención. Era joven y extraordinariamente dulce. El aroma hizo resucitar en él recuerdos que llevaban mucho tiempo olvidados y un anhelo igual de antiguo. Instantáneamente, cambió de dirección y aceleró el paso, dirigiéndose hacia el puente Santa Trinita. La silueta oscura se difuminaba contra el cielo nocturno mientras saltaba de tejado en tejado.

Otros monstruos se movían en la noche. Saliendo de todos los rincones de la ciudad, se dirigían a la carrera hacia el lugar donde la sangre inocente los llamaba desde el suelo.

Mientras corría, la pregunta que ocupaba su mente era: «¿Quién llegará primero?».

1

Las calles de Florencia estaban casi desiertas a la una y media de la mañana.

Casi.

Quedaban unos cuantos turistas y lugareños, grupos de jóvenes que buscaban diversión, algunos sintecho que pedían limosna y Raven Wood, que cojeaba lentamente por el pavimento irregular de la calle que llevaba desde la galería de los Uffizi hasta el ponte Santa Trinita.

Raven había estado en una fiesta con colegas de la galería y, como una idiota, había rechazado la oferta de su amigo Patrick de llevarla a casa. Patrick se había ofrecido a llevarla porque sabía que la Vespa de Raven estaba en el taller, pero ella sabía que en realidad su amigo no quería marcharse del piso de Gina. Llevaba meses enamorado de ella en secreto. Esa noche parecía que, al fin, había logrado captar la atención de Gina.

Ligeramente.

Raven no tuvo valor para separar a los posibles amantes. Había asumido ya que el amor no estaba hecho para ella, pero disfrutaba en secreto con las vidas amorosas de los demás, en especial de las de sus amigos. Por eso había insistido en volver sola a casa. Y por eso iba caminando, con la única ayuda de su bastón, hacia su pisito de la piazza Santo Spirito, que quedaba al otro lado del río.

Poco se podía imaginar que esa decisión tendría consecuencias trascendentales, tanto para ella como para sus amigos.

Sus colegas daban por hecho que su cojera era cosa de nacimiento y, por delicadeza, no sacaban el tema. Estaban equivocados, pero Raven agradecía que no le hablaran de ello, ya que tras su defecto se escondía un secreto siniestro que no pensaba revelar a nadie.

No se veía a sí misma como una minusválida. Se consideraba ligeramente discapacitada. Tenía la pierna derecha un poco más corta que la izquierda, y el pie se le abría hacia fuera en un ángulo poco natural. No podía correr, y sabía que verla caminar no era algo agradable. Al menos, ya que siempre iba acompañada de su bastón, trataba de que éste fuera lo más bonito posible, y lo decoraba personalmente con motivos divertidos. Se refería a él como su *novio*, y le había puesto hasta nombre. Se llamaba Henry.

A algunas mujeres les habría preocupado tener que cruzar Florencia solas a esas horas de la noche, pero a Raven no. No solía atraer la atención de la gente, excepto unas cuantas miradas indiscretas a su pierna. De hecho, la mayoría de las veces la gente la rozaba o tropezaba con ella como si fuera invisible.

Probablemente la culpa era de su aspecto físico. Los más educados habrían definido su figura como la de una musa de Rubens, si hubieran logrado encontrarla bajo su ropa holgada. Para los gustos actuales tenía sobrepeso. La ropa demasiado grande hacía que pareciera que le sobraban todavía más kilos. Y las zapatillas deportivas, aunque eran muy cómodas, no añadían casi ningún centímetro a su metro setenta. Tenía el pelo moreno, casi tan negro como el ala de un cuervo, y lo llevaba recogido de cualquier manera en una coleta que le rozaba los hombros. Comparada

con las numerosas mujeres atractivas y emperifolladas que habitaban Florencia, ella era del montón.

Aun así, tenía unos ojos preciosos, grandes, de mirada profunda, de un verde que recordaba a la absenta. Por desgracia, nadie se tomaba nunca la molestia de mirarla a los ojos, que estaban ocultos tras unas gafas de montura negra demasiado grande.

No obstante, si lo hubieran hecho, Raven tampoco se habría sentido cómoda. De hecho, se ponía esas gafas para distanciarse de la gente. Cuando necesitaba leer algo, se las cambiaba por unas graduadas.

Al acercarse al ponte Santa Trinita desde el Lungarno degli Acciaiuoli, maldijo en voz baja por no haber cogido un paraguas. Aunque llovía lo suficiente como para hacer desaparecer a los peatones de las calles y del puente, no llovía bastante para empaparla. Pensó en refugiarse en algún sitio, pero rechazó la idea y siguió cojeando, avanzando igual que lo hacía todo en la vida: con tenaz determinación.

Vio que un trío de hombres de aspecto rudo y grosero se acercaban al puente desde la via de' Tornabuoni. La lluvia no parecía preocuparlos. Hablaban en voz alta y estridente, y caminaban dando bandazos. No era raro encontrarse con borrachos en el centro de la ciudad, pero Raven aflojó el paso. Sabía que la gente era impredecible cuando había bebido demasiado.

Agarró con más fuerza su vieja y gastada mochila mientras seguía avanzando en dirección al puente. En ese momento vio a Angelo.

Angelo era un sintecho que se pasaba los días y las noches mendigando. Raven se lo encontraba cada vez que iba o volvía de los Uffizi. Siempre se detenía a saludarlo y le daba alguna moneda o algo de comer. Sentía una especie de camaradería con él, ya que ambos usaban bastón para

ayudarse a caminar. La incapacidad de Angelo se debía a problemas relacionados con la miseria, lo que aumentaba el sentimiento de compasión de Raven.

Mientras seguía caminando, paseó la mirada entre él y los borrachos y no pudo evitar que la asaltara una terrible sensación de miedo.

—¡Buenas noches, amigos! —exclamó Angelo. Su voz rasgó la húmeda oscuridad de la noche—. Unas monedas, por favor.

El tono alegre de su voz hizo que a Raven se le encogiera el estómago. Conocía perfectamente el cruel destino que sufría la esperanza cuando se dirigía hacia las personas equivocadas.

Empezó a caminar más deprisa, con los ojos clavados en su amigo, esperando no tropezar y acabar en el suelo antes de llegar. Cuando ya casi había alcanzado el puente, vio que Angelo levantaba los brazos y gritaba.

El más grande de los tres tipos estaba orinando sobre él. Angelo trató de apartarse, pero el hombre lo siguió, mientras los otros dos lo jaleaban.

A Raven no le extrañó lo que estaba viendo.

Angelo era un indigente, estaba sucio, era un tullido y se movía con lentitud. Cualquiera de esas cosas podía desencadenar la crueldad latente de algunos florentinos.

Sintió que las ganas de protestar le quemaban la garganta, pero no abrió la boca.

Debía intervenir. Lo sabía. El mal florece cuando la gente buena pasa de largo y calla cuando debería alzar la voz.

Raven siguió andando.

Estaba cansada tras un largo día en el trabajo y tras la velada en casa de Gina. Lo único que quería era llegar a casa, a su pisito de la piazza Santo Spirito. Pero no podía pasar por alto los gritos de Angelo ni las risas y los insultos de los hombres.

El más grande de ellos acabó de orinar con una floritura y volvió a abrocharse los vaqueros. Sin previo aviso, levantó un pie y le dio una patada en las costillas a Angelo. Éste soltó un grito y se encogió en el suelo.

Raven se detuvo en seco.

Los otros dos hombres se unieron al primero, dando patadas e insultando a Angelo sin hacer caso de sus gritos. Mientras trataba de protegerse acercándose a la acera, Raven vio que le salía sangre por la boca.

—¡Ya basta! —gritó alguien en italiano.

Por un momento, Raven sintió alivio y una gran alegría pensando que alguien, quien fuera, acudía a rescatar a Angelo.

Pero su alegría se transformó en horror cuando los hombres se detuvieron y se volvieron hacia ella.

—Ya basta —repitió en voz mucho más baja.

Los hombres se miraron entre sí y el más alto hizo un comentario despectivo a sus compañeros antes de echar a andar en su dirección.

Mientras se acercaba, Raven se fijó en que tenía los hombros anchos y era más alto de lo que le había parecido. Tenía la cabeza rapada y calzaba botas. Cuando él le clavó sus ojos oscuros, Raven tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echar a correr.

—¡Largo! —le ordenó el hombre, haciendo un gesto despectivo con la mano.

Los ojos verdes de Raven buscaron a Angelo, que seguía ovillado en el suelo.

—Deja que lo ayude. Está sangrando —repuso.

El calvo miró por encima del hombro en dirección a sus compañeros. Uno de ellos le dio una patada en el estómago a Angelo, como para provocarla. Los gritos de su amigo llenaron los oídos de Raven, hasta que finalmente se hizo un silencio aterrador.